

Callejón del Gato

Alejandro Sawa, iluminado

José Ramón Enríquez

Mientras que los especialistas todavía lo discuten, los simples lectores estamos ciertos de que Max Estrella es el reflejo de Alejandro Sawa en el espejo de Valle-Inclán. O sea, es Valle-Inclán mismo soñándose reflejo de Alejandro Sawa. Quizá la coincidencia fonética de la última sílaba del apellido de uno y la primera del apellido del otro (wa-va) sea el punto en que realidad y reflejo especular se tocan. Y el punto correspondiente para el laberinto de *Luces de Bohemia* lo será el Callejón del Gato (en cuya puerta cuelgan los espejos deformadores) que se refleja en la puerta de una casucha en Conde Duque número 7, donde vivía el auténtico Max Estrella.

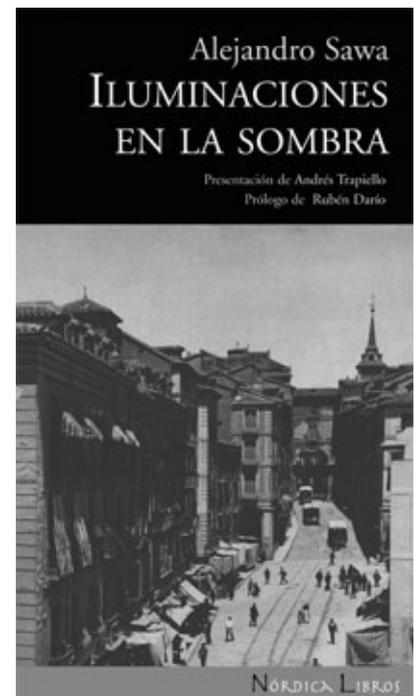
Por su parte, Sawa, en su libro póstumo *Iluminaciones en la sombra*, ya explicaba que el anarquista estonio Ernesto Bark había usado su esqueleto para darle arquitectura ósea a “un hombre triste y pobre, y desgraciado, que mereció ser un hombre gozoso y triunfal: Teobaldo Nieva”. Nieva en Sawa; Sawa en Valle; Nieva y Sawa y Valle en Max Estrella, y nosotros viéndolos a todos reflejarse en perfectas geometrías en el esperpento que es la historia (de la España de entonces, sí, pero en cualquier historia) cuyo símbolo traidor y grotesco es Don Latino de Hispalis, ganador de loterías.

Fue Valle-Inclán quien avisó a Rubén Darío, años antes de escribir *Luces de Bohemia*, de la muerte de Sawa y de que había quedado inédito un libro (“Lo mejor que ha escrito. Un diario de esperanzas y tribulaciones”) con el cual compartirá los brillos de las primeras palabras de sus títulos, “Iluminaciones” y “Luces”, para abrirse después en espejo invertido y deformante en la obra inmortal valleinclániana donde el ciclo de los reflejos se abre

más hasta hacer aparecer en escena al Marqués de Bradomín, viejo áter ego de Don Ramón, en charla con Rubén Darío, y también a Ernesto Bark ya deformado en el Basilio Soulinake que discute con la portera frente al cadáver de Max Estrella y hasta en Teobaldo Nieva transubstanciado en el anarquista catalán que Max descubre en los calabozos.

También será Valle quien haga saber a Rubén Darío que su amigo murió ciego: “tuvo el final de un rey de tragedia: loco, ciego y furioso”. Ya Alejandro Sawa se había referido a su propia ceguera en *Iluminaciones en la sombra*: “al final de mi largo camino de pasión me aguardaba la ceguera material, y que ya no sé de los faustos de la luz sino lo que mis recuerdos me cuentan [...] yo soy quizás un pecador cuyas pupilas quedaron abrasadas por su afán de mirar frente a frente a lo Infinito”. Era un rey trágico, condenado a la ceguera precisamente por desafiar al Sol: “Yo soy un hombre castigado por el Sol. [...] Yo lo amé de niño, en mi país solar de Málaga [...]. Luego lo desamé por afición a lo extranjero, a lo exótico, a los paisajes brumosos [...] heme aquí herido en ambos ojos y mirando incesantemente a lo alto en los días de sol con mis pupilas ateadas que ya no lo reconocen”.

Con el primer día del año de 1901, Sawa fecha el primer texto de *Iluminaciones en la sombra*, como si fuera a escribir un diario pero será en realidad un cuaderno de notas, de diálogos en alta voz consigo mismo, con sus fantasmas (más que recuerdos), con el tema doloroso de esa España negra, deprimida tras la Guerra por Cuba, pero, siempre, con el recuerdo y el homenaje a sus maestros los simbolistas franceses. Desde luego Baudelaire y



Mallarmé (que fumaba para esconder en el humo al mundo que lo rodeaba) pero, sobre todo a Verlaine: “¡Pobre Lélian, cuán diversa ha sido su suerte! Poeta maldito, saturniano, sin otra riqueza que la de sus ‘dulces ojos tranquilos’ [...]. Yo fui su amigo...”.

Con Rubén Darío, que habrá de prologarle sus *Iluminaciones en la sombra*, comparte el fervor por Verlaine y con simbolistas y modernistas el fervor por esos santos laicos que son los anarquistas. Los ácratas, libertarios, colectivistas como nuevos mártires que habrán de apasionar desde los poetas del *fin de siècle* hasta los surrealistas, antes de ser excomulgados por el estalinismo de Breton y Éluard.

Y también Sawa comparte con Rubén Darío, con el Valle-Inclán de *La pipa de kif* con el eterno Verlaine su fervor por esos paraísos artificiales que también subyugarían al surrealismo. Así, casi al final de sus *Iluminaciones* (plenamente iluminado en su ceguera), Alejandro Sawa lanza a todo pulmón su última salmodia:

“¡Oh alcohol! ¡Oh hastzchich! ¡Oh santa morfina! [...] Dios permitió al haceros que os confundáis en vuestra actividad de magos con su soberana grandeza...”. Amén. **U**